

Jean-René Aymes. *Españoles en París en la época romántica. 1808-1848*. Madrid: Alianza Editorial, 2008, 357 pp.

Hay libros que están llenos de vida. Y libros que encierran toda una vida. Este libro entra de estas dos categorías. Lleno de vida, o casi mejor, de vidas, porque a lo largo de sus páginas desfilan una multitud de personajes, conocidos y desconocidos, de primera fila en la historia de la literatura, de la política o de cualquier otra actividad, o personas anónimas que tan sólo intentan sobrevivir. Todos ellos unidos por la estancia en París, en esos años que el autor retrata en que París era, para muchos españoles, la meta ideal del viaje, de cualquier viaje. Y encierra toda una vida porque el caudal de conocimientos que forman este libro, de datos, de testimonios, que desbordan las páginas y que podrían haber dado para cuatro o cinco volúmenes distintos solo pueden ser producto de una labor de años, de muchos años, entregada a la investigación, a la búsqueda, a la recopilación, al análisis de las relaciones entre lo español y lo francés en el siglo XIX.

Además este libro es todo un desafío para su autor, un riesgo del cual Aymes era muy consciente. Pues a cualquier lector que se asome al tema con un mínimo de conocimientos le viene inmediatamente a la cabeza la obra de Vicente Llorens, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra*, una de las imprescindibles referencias para entender nuestro romanticismo, libro que por sí mismo es una obra histórica, literaria y cultural.

Aymes nos entrega ahora, cincuenta y cuatro años después, podríamos decir que una segunda parte de este libro. Y el mejor elogio que se puede hacer al libro del estudioso francés es que no desmerece en absoluto de la obra del profesor Llorens.

Españoles en París es mucho más que una obra de investigación literaria. Desde luego la literatura está, y está presente de una manera importante, significativa, espléndida. Pero el libro refleja mucho más: pintura, política, diversiones, relaciones personales, el trabajo, la música, la enseñanza... Todas las actividades, todos los problemas a los que podría enfrentarse la variopinta población española del París de la primera mitad del siglo XIX. A lo largo de las páginas van desfilando la multitud de personajes que pueblan estas densas páginas. De algunos de ellos los testimonios son abundantes y Aymes los puede seguir en detalle: Sebastián de Miñano, Eugenio de Ochoa, Federico de Madrazo, el Conde de Toreno, Alejandro Aguado, Manuel Godoy, Juan Antonio Llorente, Francisco Martínez de la Rosa, Álvaro Flórez Estrada, Francisco Amorós, Leandro Fernández de Moratín... Y muchos otros. Pero también hubo seres anónimos, apenas un nombre desconocido, o quizás mal transcrito por funcionarios franceses, o incluso figuras sin nombre cuyo paso recoge también Jean-René Aymes, pues la población española en París entre 1800 y 1848, fue, y así lo refleja el libro, mucho más que desfile de ilustres y famosos.

Como indica el profesor Romero Tobar en el prólogo que antecede a la obra (un texto que hace mucha mayor justicia al libro de Jean-René Aymes que esta reseña), el hispanista francés ofrece al curioso lector «un tejido narrativo que se lee como una novela». Romero Tobar señala con precisión uno de los grandes aciertos

del libro: la exposición ágil, la escritura amena y clara, la facilidad de lectura. El mérito del escritor, es directamente proporcional al trabajo del investigador. Aymes ha recogido para su obra una copiosa fuente de datos: memorias, libros de viajes, cartas, informes oficiales, expedientes policiales, noticias y artículos de periódicos... El riesgo de todo ello era crear un libro documentado, científico, irreprochable en cuanto a los datos que presenta, pero, al final, imposible de leer por su misma densidad. Muy al contrario Aymes ha sabido integrar todos esos datos y testimonios en un conjunto de sugerente y fácil lectura sin por ello renunciar al rigor científico y a la justificación de sus datos y citas

Aymes diferencia, al inicio de su obra, las diferentes emigraciones que a lo largo de los cuarenta años que estudia se producen: la de los afrancesados, entre 1814 y 15, la de los liberales en 1823, una emigración moderada, menos numerosa, en 1840. Además de viajeros por conveniencia personal, residentes por razón de estudios, turistas... Todos a París. ¿Porqué París? se pregunta Aymes en el siguiente capítulo. Por diferentes razones, según los viajeros que se tomen en consideración: el país más próximo para unos, la meca cultural y literaria para otros, la oportunidad económica para unos terceros e incluso la atracción de la capital del placer y el vicio, la «moderna Babilonia».

Prosigue la obra analizando la vida de los diferentes tipos de emigrados. Los políticos, deteniéndose en la solitaria y declinante existencia de Manuel Godoy, la vida fácil de los emigrados de lujo, como María Cristina, Narváez y Olozága; también la actividad política intensa de muchos de ellos en París, en la política española y también en la francesa. Aymes va presentando a los afrancesados como Miñano y Llorente y su evolución ideológica, Miñano hacia el absolutismo, Llorente a un liberalismo moderado; excepciones entre los afrancesados, piensa Aymes, pues la mayoría llevaron una existencia discreta y muchos acabaron naturalizándose en Francia. Después las sucesivas oleadas: liberales en 1815, enemigos del Trienio constitucional en el 20, los que huyen de la década ominosa, a partir del 23. No deja Aymes de reflejar la participación de emigrados españoles en las jornadas revolucionarias de 1830. Testimonio de la confusión y multiplicidad de motivos de esa emigración política, y de la confusión que en muchos momentos embargaba a los franceses de la época ante los emigrados españoles es la difícil filiación de varios de los personajes que se mueven ante el lector, de los que no se sabe si fueron liberales o espías infiltrados del absolutismo, además, claro está, de los que cambiaron de bando al vaivén de la política nacional como un Sebastián de Miñano que aparece y reaparece en estas páginas.

A continuación se refleja la vida literaria: traducciones, librerías, periódicos en castellano, el ansia de publicar y de dar a conocer la obra, con una atención especial al estreno de *Aben-Humeya*, de Francisco Martínez de la Rosa, el 19 de junio de 1830. Después es el turno de los pintores con la actividad de Jenaro Pérez-Villamil, la breve estancia de Goya, y la cómodas residencias de Carlos de Ribera y de Federico de Madrazo, «el más francés de los pintores españoles de París». Y tras ellos los músicos: Sor, Gomis, Masarnau y la famosa dinastía operística formada por Manuel García y sus hijas, la Malibrán y Pauline Viardot.

Emigración de políticos y artistas, de mayor o menor nivel social y económico, de más o menos importancia y reconocimiento. Pero Aymes no se detiene en esos aspectos y prosigue su estudio con una serie de capítulos, no menos apasionantes que los anteriores, pero que presentan aspectos quizás más sorprendentes y desconocidos: el trabajo de los emigrados, su supervivencia, que se desarrolla en diversas, contrapuestas, escalas de fortuna y entre los que se cuenta el éxito abrumador en París del médico Mateo Orfila y de Francisco Amorós, inventor de la gimnasia –dos afrancesados que acabaron naturalizándose franceses–; los entretenimientos y espectáculos que los emigrados y turistas practican y frecuentan, las relaciones con los franceses y entre ellos mismo. Estos capítulos son especialmente intensos en la presencia de personajes de todo tipo, clase y catadura y nos proporciona un conocimiento mucho más profundo y personal de la vida de estos emigrados, de sus aficiones y de sus gustos: desde el placer por la moda de Francisco Fernández de Córdoba, a las diversiones «non sanctas» de Leandro Fernández de Moratín o la vida escandalosa del Alejandro Aguado y el Conde de Toreno.

Un breve pero jugoso capítulo se adentra en la psicología del exilado: nostalgia, desesperación, pero también contagio lingüístico o integración definitiva en la tierra francesa. Por ello la finalización va en dos direcciones; la vuelta a la tierra natal, para algunos, la naturalización para otros. Aymes pasa revista a ambas situaciones, y se detiene en aquellos que murieron y reposaron en la tierra francesa, en sus tumbas, sus epitafios y su recuerdo.

Españoles en París en la época romántica es un animadísimo fresco, en el que entran en juego multitud de personajes que aparecen, actúan y son sustituidos por otros ante los ojos encandilados del lector: un libro que es reflejo de la historia y de la cultura española y francesa y que será, a partir de ahora, una referencia tan imprescindible para los investigadores como su ilustre antecedente, la obra del profesor Llorens.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
UNED CANTABRIA / IES ALBERTO PICO